

ALLENDE SIMBOLO DEL PUEBLO CHILENO

Paligoric Ljubomir. Investigador del Instituto del Movimiento Obrero Internacional, Belgrado, Yugoslavia; profesor de la Escuela J. B Tito; especializado en historia y pensamiento del socialismo latinoamericano. Autor de numerosos libros y artículos.



Nadie puede negar el hecho de que los anhelos de la sociedad chilena por realizar profundas transformaciones sociales, tanto por su contenido como por sus métodos eran anhelos inminentemente humanistas. Formaban parte del objetivo, un proceso social que se había estado desarrollando en el país de largas tradiciones democráticas, parlamentarias y de continuidad institucional, de envidiable grado de respeto de la dignidad y libertad humanas. El camino socialista ofrecido como alternativa, con la libre definición del pueblo, obtuvo una mayoría relativa en libres elecciones dentro del marco de la legislación existente. Era una vía expresivamente democrática, parlamentaria, legal, considerando las reglas del juego político que aportó la democracia burguesa como lo mejor de sus conquistas. Todo el mundo siguió ese proceso socio-político chileno con gran interés y atención, ya que traía consigo nuevas experiencias, importantes para países mucho más desarrollados que Chile.

La transformación social chilena resumía en enorme medida los anhelos y aspiraciones de la mayor parte de la humanidad. Con ello tanto más grande y trágico es el dra-

ma sufrido por el movimiento y las ideas del más hondo contenido humanista, en el enfrentamiento con las más siniestras fuerzas del imperialismo y la contrarrevolución. En este contexto, del escenario histórico no ha sido sacado el socialismo, para el cual recién se han edificado los supuestos históricos, sino que la misma democracia burguesa y sus instituciones políticas, edificadas durante tantos años. Las lecciones que se pueden extraer son grandes, no sólo para el pensamiento marxista y la práctica socialista, sino que también para todo pensamiento político que se fundamenta en la consideración de la democracia como postulado y conquista fundamentales de nuestra civilización.

Estos valores humanistas de nuestra civilización digna y orgullosamente, hasta el último instante de su vida, simbolizaba Salvador Allende, y eso lo demostró en su último mensaje al pueblo de Chile.

A esta reflexión se vincula la primera personalidad del socialismo chileno, las fuerzas políticas que representaba y el contenido básico, o mejor dicho, la característica política del proceso social que largamente fue madurando en la sociedad chilena y culminó los años 1970-1973. Esto, naturalmente, es un pensamiento personal, pero no carece de bases

Colaboración especial para el *Archivo Salvador Allende*.

científicas. Se basa en la circunstancia de que el autor de estas líneas se dedica profesionalmente a la investigación de América Latina; de haber tenido la suerte de conocer personalmente a Salvador Allende; de haber publicado un estudio sobre el Partido Socialista de Chile y después de su segunda estadía en Santiago, el año 1972, haber informado con una serie de estudios en forma de artículos al público científico y político yugoslavo acerca de los acontecimientos sociopolíticos en dicho país.

Se advirtieron cuatro factores: el conocimiento de la historia política de Chile, el Partido Socialista, Allende y la concepción de la vía chilena hacia el socialismo. Los resultados y puntos de vista de esas investigaciones se exponen en este texto.

El Pensamiento de Allende

El significado político del *Pensamiento de Allende* como veterano del Partido Socialista es de especial importancia, y aunque no se puede decir que siempre y hasta el último coincidía con las oscilaciones y concepciones del propio PSCH, una cosa es segura: pertenecía a su núcleo progresista, creador, histórico, que ha logrado conservar el pensamiento más valioso de este partido en su forma original y auténtica. Naturalmente que no se ha estudiado en la medida necesaria para poder apreciar en qué grado el propio Allende influyó en él. No se pone en dudas que como Presidente de la República en las numerosas veces que se dirigió a la nación puso su sello sobre lo que se llama "la vía chilena al socialismo", o hasta la "vía allendista". En esos momentos era el intérprete oficial de la concepción del gobierno de la Unidad Popular, aunque ello no signifique que detrás de él estaban automáticamente todas las fuerzas de la izquierda nacional. Lo que es más importante consiste en el hecho de que introdujo en ella el sentimiento de las tradiciones nacionales chilenas. Esto es lo más fuerte que, por ejemplo: un extranjero, yugoslavo, lleva en sí como impresión después de las conversaciones extraoficiales con él acerca del socialismo chileno.

Con su excepcional solicitud, franqueza y lucidez para interpretar la historia chilena, la situación política del país y de América Latina, Allende era un interlocutor extraordinariamente incentivo. Pero, no en el sentido de estímulos ideológicos o teóricos. El manifestaba algo mucho más valioso: una excepcional sensibilidad por el destino del chileno común, por la justicia humana y dignidad del hombre, por lo humano del proyecto socialista, con el carácter sugestivo del combatiente por el socialismo con una gran experiencia en los sucesos importantes en la historia nacional. Expresando el ente nacional chileno, interpretando políticamente brillante el cambio de relaciones de fuerza que se venía desarrollando durante decenios, sintetizar lo de la abundancia lo central y esencial él se presentaba como excelente político de ideas independientes, de gran ímpetu y capacidad para audaces cambios históricos, de los que, en ningún caso casual, precisamente él estuvo más tarde al frente.

La persona, después de haber conversado con él llevaba en sí la imborrable impresión de haber conversado con el chileno que respiraba la situación nacional, con la figura política de la edificada identidad socialista, cuyas concepciones llevaban expresivas características autónomas y la

convicción de que la sociedad socialista en cada país debía vincularse creativamente a las realizaciones nacionales más valiosas del orden anterior, sobre todo si se trataba de las tradiciones democráticas del parlamentarismo burgués como conquista de civilización. Para él, este enfoque en la búsqueda de la identidad socialista era condición sine qua non, de la misma forma que la unidad de las fuerzas revolucionarias las entendía como el imperativo histórico de toda transformación social.

Hoy, después de una serie de años, pero todavía una "distancia histórica" pequeña, esforzándome por sintetizar el recuerdo y conocimiento sobre Allende y la revolución chilena por la vía pacífica en algunas cuantas características esenciales; el hombre, quiéralo o no, necesariamente hace una reducción, lo que no es deseable para exponer la realidad, por regla compleja, de los acontecimientos sociales. Pero, consciente de asumir este riesgo y sin pretensiones a que sea integral, me parece que ningún análisis de Allende, como una de las figuras más destacadas del socialismo de la segunda mitad del siglo XX y de la revolución chilena puede carecer de estas *cuatro conclusiones generales*.

Un marxismo abierto y crítico

Así como el análisis de las fuerzas políticas que lo eligieron al frente del Estado entrega la base para apreciar que fue un auténtico presidente popular de la República, de la misma manera el hecho de que fue por muchos años candidato a presidente del partido y del movimiento de la izquierda chilena entrega la base para concluir que simbolizaba las concepciones ideo-políticas y teóricas características de esta agrupación política. Y estas concepciones, lo que es *la primera* conclusión ineludible, han tenido su apoyo en la teoría marxista. Aquí no se trata de que, al igual que en su Partido Socialista también en los otros partidos que lo apoyaban, hayan existido siempre otras influencias políticas. Se trata de que él solo y su partido en su núcleo más vital, a través de la marea y resaca de las influencias sobre la vida nacional, conservaron la visión marxista crítica del mundo y ello en la época cuando la crítica de las fuerzas tradicionales de izquierda no era el lado fuerte del movimiento, debido a las implicaciones negativas del estalinismo sobre el movimiento comunista. Tanto para Allende como para el PSCH (PSP), que tenían influencia sobre la vida política, el marxismo era un sistema de pensamientos, abierto para la experiencia propia e internacional de la práctica socialista y no un sistema cerrado de dogmas sagrados. Ellos dentro del marco de América Latina, junto a algunos otros partidos políticos, debemos decir pocos, fueron los continuadores de la corriente crítica del marxismo hasta cuando había sido totalmente desplazada, desde el período del fallecimiento de Mariátegui hasta el inicio de la Revolución Cubana. Este fenómeno, según mi parecer, es de amplia importancia en la historia del marxismo en América Latina. Es sorprendente que este papel de los socialistas chilenos no haya sido evidenciado en los raros intentos por reconstruir su historia.¹

Fuente Principal; el programa de 1947

La segunda conclusión ineludible, tanto sobre Allende co-

mo figura política que sobrepasó lejos las fronteras de su país, como también sobre el núcleo más vital de su partido, se refiere a la comprensión del socialismo como sociedad de nuevos valores humanistas. Este valor *programático* no siempre fue reconocido en la práctica política del Partido de la forma que tenía presencia en el propio Allende. Para el mencionado núcleo del Partido era característico que en la teoría política y en la práctica política trataba de evitar el peligro del sectarismo por un lado y el oportunismo de colaborar con la burguesía por el otro.

Aunque, en el movimiento en general que sufría frecuentes divisiones, no siempre lo lograba, hay que decir que la búsqueda de caminos y formas para unificar la lucha por transformaciones sociales con otros partidos de izquierda siempre estaba presente, que en ese camino se perduraba paralelamente con el anhelo de conservar y seguir desarrollando los derechos democráticos y la libertad de actuación de cada uno de ellos individualmente. En este aspecto el Programa del Partido Socialista de Chile del año 1947 es la quintaesencia de las visiones teorico-políticas, que pueden reconocerse en un gran número de discursos posteriores de Allende como presidente de la República. A esto hay que referirse con mayor atención, ya que, entre otras cosas, todavía siguen teniendo gran valor para el socialismo contemporáneo, que en la práctica de la imperante lógica del capital aún no se ha enfrentado con éxito a la lógica superior de los nuevos valores de la vida del hombre en el siglo XXI.

En una frase sintetizada estos puntos de vista ven al humanismo como el valor esencial del socialismo. El socialismo, como el mencionado programa veía al mundo, tenía como a uno de los principales obstáculos, exceptuando al mecanismo internacional de la explotación capitalista, imperante en las relaciones sociales, a las deformaciones sufridas por el propio orden socialista. La esencia del problema consistía en que la socialización del poder económico se había transformado en la estatización que acondicionaba el régimen del capitalismo y burocracia estatales. La burocracia —se dijo— ejerce el poder en forma déspota, sometiendo a la clase obrera. De esta manera los objetivos auténticos del socialismo, iniciados con la Revolución de octubre, se transforman cada vez más en función de la política del estado burocrático, deformando los objetivos esenciales del socialismo. Recordemos que algo más tarde llegaron a ser los temas principales en todos los debates del movimiento obrero, y que lo siguen siendo también en la actualidad. Conjuntamente con la autogestión obrera que como forma de superar la burocratización del Estado socialista se inició en la práctica del sistema político yugoslavo, siguen siendo los temas clave que más se mencionan en la superación de los aspectos económicos, ideológicos y políticos de la crisis del socialismo contemporáneo. Los valores conceptuales cumbres del Programa del PSCH, por lo tanto, también en la actualidad tienen gran importancia.

El socialismo, según la comprensión de los socialistas chilenos de los años cincuenta, es producto de las contradicciones del capitalismo mundial, pero también de la evolución socio-económica que se condensa en los mas grandes valores de la cultura. El contenido más hondo de la acción revolucionaria no consiste solamente en el profundo cambio del sistema capitalista, sino que también en la formación de nuevas personalidades humanas. Si las condiciones de vida de la sociedad burguesa y del totalitarismo han conducido a un alto grado de enajenamiento del hombre; hemos

reemplazado los fines por los medios; si el hombre ha sido convertido en parte del proceso de producción, de las máquinas, tecnología; si la producción de bienes materiales en vez de servir al hombre ha sido transformada en fin (lo que hoy, yo agregaría de mi parte, acontece en todos los sistemas), entonces el socialismo tiene como función primordial la tarea de establecer diferentes valores de jerarquía, de concebir las necesidades humanas esenciales en el siglo XXI. "La tarea fundamental de nuestra época ...de la clase obrera... es la organización racional de las fuerzas de producción al servicio de los máximos intereses de los hombres y su vida". El progreso de la economía, por lo tanto no puede ser el último fin, sino que solamente la base del desarrollo cultural, a la inversa de lo que trae consigo la sociedad burguesa.

La técnica, manipulada con fines lucrativos por la minoría capitalista, subyuga al hombre con el trabajo asalariado, y la producción de bienes ha sido transformada en objetivos de intereses de clases, colocada por sobre todos los valores de la cultura. De este modo el programa socialista opone a la limitación del orden burgués en el sentido epocal, histórico, la edificación de nuevos valores. Pero, justamente por tales objetivos rechaza el control burocrataestatal de la vida espiritual y política por parte del gobierno, como algo ajeno al espíritu mismo del socialismo. El socialismo, según este concepto, tiene por fin el establecimiento de nuevos valores en el sistema de vida y trabajo donde se darán mayores posibilidades para perfeccionar a la personalidad humana, y el medio para lograr dicho fin es la socialización de los medios de producción y de intercambio y no el apoyo burocrático del poder económico, ya que conduce a una nueva forma de subyugamiento de la clase obrera y de los hombres de trabajo en general.²

Hemos tratado esta parte del Programa socialista, ya que en ella vemos *las fuentes* del pensamiento político del primer marxista elegido en el cargo de jefe de un Estado burgués, lo que de por sí solo no tiene precedente en la historia del socialismo.

La autonomía ideológica

La tercera conclusión general ligada a Allende como símbolo del socialismo chileno tiene un significado general muy indicativo para la vía chilena al socialismo, el movimiento obrero y su contenido autónomo. Es sabido que el núcleo más vital del socialismo chileno, al que pertenecía Allende y que le daba cursos sanos, estaba igualmente orientado de manera crítica hacia las dos grandes alas del movimiento obrero internacional, las que se enfrentaban enérgicamente entre sí. Es sabido, igualmente, que ello representaba un obstáculo insalvable a la amplia unidad del movimiento obrero en el mundo, en el conflicto con el capital organizado. El Partido Socialista de Chile y Allende surgieron políticamente en la época de agudos conflictos en el movimiento obrero internacional entre sus alas socialdemócrata y comunista. Pero ninguna de ellas ofrecía alternativa para las soluciones buscadas en las condiciones de un país subdesarrollado, como lo era en ese entonces Chile. La social democracia, según la interpretación de ese entonces del PSCH, se estaba alejando progresivamente de los objetivos socialistas y revolucionarios, se fundía en el sistema capitalista, y ese proceso era acompañado por una total ceguera con respecto al contenido del problema y la lucha de los "países coloniales y dependientes", como en el vocabu-

lario de ese período denominaban a los países de la periferia capitalista mundial. Hoy dirían: se cerraba en el marco Europeo, del cual fluía su eurocentrismo. La Internacional Comunista, en la cual los partidos comunistas eran “secciones” y no factores independientes de la lucha política, se caracterizaba por el centralismo riguroso, la estrategia rígida y la mentalidad sectaria. El ejemplo de la Revolución de Octubre era un ejemplo que todos debían seguir, la forma de transformación revolucionaria que había que aplicar en todos los países, el modelo sobre el cual no se podía discutir, sin que importase el grado de desarrollo del país donde actuaban los comunistas. Tanto los unos como los otros veían el futuro de los países subdesarrollados en su propio pasado, sin dejar a la historia la posibilidad de que los caminos de desarrollo brotaran de sus propias condiciones socio-económicas, tradiciones y culturas, características para cada país individualmente.

Los socialistas reaccionaron enérgica y abiertamente frente a las deformaciones provenientes de esta situación en el movimiento obrero. Pero, hay que señalar de inmediato, fueron capaces de evidenciar y saludar los resultados positivos que más tarde se desarrollaron en el movimiento comunista, sobre todo en dirección a la democratización, condena del culto de la personalidad, reconocimiento de los valores de las experiencias revolucionarias en otros países, que eran diferentes a las del “centro”; en una palabra, la aceptación del concepto de las distintas vías al socialismo.

Estos cambios fueron francamente saludados después del XX Congreso del PCUS. ¿En qué contexto menciono esto? Debido a que los hechos de esta posición política condicionaron dos características expresivamente positivas de los socialistas chilenos, casi únicas en el mundo. En primer lugar el constante empeño porque, paralelamente con la crítica constructiva, se logre la colaboración y unidad entre los dos partidos marxistas del país, comunista y socialista, y ello sobre cuestiones concretas; segundo, por que se encuentren formas de cooperación permanente que, como lo ha demostrado su propia historia, siempre han llevado a las fuerzas de los partidos obreros a la antesala de las posibilidades reales de conquistar el poder. No es necesario argumentar esta afirmación con los resultados estadísticos electorales. Ello es de mayor o menor conocimiento por parte de todos los chilenos que recuerdan el pasado, pero es necesario decirlo por los jóvenes. No me es conocido que en la historia de la lucha por el socialismo exista una lección tan evidente y precisa: siempre cuando estos dos partidos colaboraron fructíferamente como factores políticos independientes en su sociedad, siempre cuando en el plano nacional encontraron *formas de organización* para dicha colaboración en diversos frentes y en el plano sindical, su influencia en los círculos políticos de la sociedad crecía repentinamente. Esto tiene un significado indudable tanto para concebir la vía chilena al socialismo y la creación del germen de la idea sobre el pluralismo de las fuerzas socialistas como base real para la práctica del sistema político del socialismo, como también para la época actual y futura, para el mañana de Chile.

El anhelo de volcarse hacia su propio suelo, a la situación de su propio país y a las condiciones de América Latina con respecto al gran vecino del norte, que en estos espacios desde siempre ha tenido y por mucho tiempo más tendrá la influencia decisiva de no subestimar ante esto las tradiciones políticas más progresistas del propio país, sino que entren a formar parte de programas concretos de activi-

dades; en una frase, de que la realidad no se adapte a la teoría marxista, sino que ésta, comprendida ante todo como método de interpretación de la realidad, se extraiga de esa realidad y constantemente se enriquezca con los nuevos cambios surgidos, son las características fundamentales del movimiento del cual el propio Allende extrajo su concepción política y sobre el cual él mismo influyó.

Estas características explican, además, las relaciones casi espontáneas de amistad que tradicionalmente existen entre la Liga de los Comunistas de Yugoslavia y los socialistas chilenos y Allende, como la personalidad más destacada de dicho movimiento. Dejemos de lado el hecho de que los eslabones de colaboración, consideración mutua y respeto entre los dos pueblos han sido edificados durante decenios gracias, entre otras cosas, a la relativamente numerosa y laboriosa emigración económica yugoslava, que ha conservado el cariño hacia la vieja patria; también dejemos de lado el hecho de que los socialistas tradicionalmente en el senado chileno han interpretado los valores de la liberación nacional y socialistas de Yugoslavia, sus éxitos de edificación económica, orientación no alineada en su política exterior, y ello cuando estaba aislada y sola. No son momentos de poca importancia y eso no se olvida en Yugoslavia. Pero, lo que es sustancial y más interesante se refiere al período del año 1948 (lo que significa, después de la adopción del Programa del PSCH cuando en el movimiento obrero internacional el Partido Comunista de Yugoslavia inició una lucha abierta contra el estalinismo). El conflicto de los comunistas yugoslavos con el fenómeno del estalinismo, luego de la conocida resolución de la Oficina de Información de los partidos comunistas en el año de 1948, en la cual el poder popular surgido de la revolución y sus representantes elegidos fueron proclamados fascistas y el pueblo fue llamado a derrocar al legendario líder de la lucha antifascista y de la revolución, el presidente y mariscal Tito, tuvo, según las palabras de los historiadores del movimiento obrero de Chile, “una poderosa repercusión en el Partido Socialista”. Los socialistas chilenos llegaron, a saber, a ciertas conclusiones sobre el movimiento obrero internacional que coinciden con las yugoslavas, pero independiente y paralelamente con el desarrollo de tales evaluaciones sobre el estalinismo en el propio Partido Comunista de Yugoslavia. Estas coincidencias se evidenciaron y desde ese entonces data la mencionada tradicional amistad entre los dos partidos.

Allende ya como Senador fue en esa Cámara del Parlamento exitoso intérprete del sistema socialista autogestor en Yugoslavia (por ejemplo en el año 1965) y la llegada al gobierno de la Unidad Popular el año 1970 coronó esta colaboración con relaciones muy estrechas entre los estados. Estas llegaron a manifestarse especialmente dentro del marco del movimiento no alineado, al que también Chile pertenecía, entregando su mayor contribución en los preparativos de la Cumbre de Argel, a través de la gran influencia para concebir la plataforma económica antimperialista de dicho movimiento. La mencionada cumbre tuvo lugar un día antes del golpe militar-fascista en Chile, y en numerosos círculos internacionales éste se interpretó, entre otras cosas, como respuesta del imperialismo al enfrentamiento organizado del movimiento de la no alineación, ejerciendo presión sobre sus miembros.

No alineamiento

La cuarta gran característica de la figura presidencial de Salvador Allende está unida precisamente al mencionado sector de política exterior y relaciones internacionales. Conociendo la compleja situación en el seno de la propia Unidad Popular, me baso en el supuesto de que el presidente Allende tuvo gran injerencia en la política exterior de su país. A tal propósito pienso, ante todo, en su definición de no alinearse en ningún bloque, de optar por la filosofía no alineada de política exterior y de brindar en un tiempo relativamente corto una significativa contribución a la política orientada hacia la aminoración y superación de la polarización bloquista en el mundo. En la época en que las dos corrientes básicas mencionadas en el movimiento obrero internacional se identificaron directamente con el enfrentamiento de las alanzas político-militares entre los estados, primero los socialistas chilenos, y luego también el

gobierno de la Unidad Popular rechazaron definirse por las agrupaciones bloquistas. Su inclusión entre los países no alineados era consecuencia de la vía chilena al socialismo, teniendo una gran repercusión en América Latina y en el mundo.

NOTAS

1. Por ejemplo en el libro de Michael Lowy. *El marxismo en América Latina*. Antología. Era, México, 1982.
2. Recordando el Programa en función de mi tesis sobre la unión de su contenido humanitario con la personalidad y método político de Salvador Allende, no puedo dejar de mencionar aquí la gran contribución que tuvo al formular estas ideas Eugenio González R. excepcional figura intelectual del socialismo chileno.



Presidente Allende en la Universidad de Guadalajara; a su derecha, Irma Cáceres, esposa del canciller chileno Clodomiro Almeyda, 1972.